

El coraje de toda una irlandesa. La tenacidad de la escritora Edna O'Brien (fotografiada hace dos años en una visita a Madrid) se mantiene firme a sus 87 años. / JAVIER BARBANCHO



POR MANUEL LLORENTE MADRID

Contar lo que se ve, lo que se vive o se sufre no siempre gusta. Aunque esté ahí, delante de todos. Lo hizo Edna O'Brien y así le fue. La iglesia católica de su país, Irlanda, la repudió. Acababa de publicar *Las chicas de campo*. Era 1960. Ahora, llegan por fin a España sus memorias y, vaya, bajo el título *Chica de campo* (errata naturae), para que quede alto y claro.

«Lejos de la chimenea y del fuego, donde de una rejilla de hierro colgaban varias ollas y una tetera, había una mesa que nunca estaba del todo puesta ni del todo despejada y platillos secándose sobre las tazas boca abajo, a la espera de la próxima ronda de té. Sobre el tarro de la leche, una muselina mantenía a raya a moscas y mosquitos, y la mantequilla de campo era de un amarillo excesivo, con un olor fuerte que se colaba por

LA MUJER QUE SE PUBLICAN LAS MEMORIAS DE EDNA O'BRIEN DESAFIÓ A IRLANDA

debajo de la campana de cristal que la tapaba», puede leerse en *Chica de campo*. Este aroma revolotea por aquellos años de su infancia en una isla que en tiempos

de penuria olía a humedad y tristeza. Edna O'Brien vivía en «un pueblo de mala muerte, había 27 pubs, tres ultramarinos, una pañería,

una farmacia, cero cines y cero bibliotecas».

Un panorama sombrío por cuyas rendijas se filtraban las recetas de cocina para paliar semanas

'Chica de campo'. Su primera novela fue quemada en público por un sacerdote, padeció el alcoholismo de su padre, se hizo a sí misma libro a libro, conoció el éxito literario y el ostracismo. A los 78 años decidió contar su vida en un libro apasionante que llega a España

de lluvia y abulia. Un modo de escapar a la ira de un padre alcohólico que se parapetaba con una pistola encima de un armario hasta que se le pasaba la borrachera o desaparecía

unos días hasta que se le terminaba el dinero en los pubs de un pueblo cercano. El regreso era peor: bien por sentimiento de culpa, bien por una iracunda resaca, hacía temblar a su madre, a sus hermanos, al mozo que les ayudaba en las tareas de labranza y a ella misma. Al padre acabarían llevándose a «un monasterio cisterciense en Roscrea, porque era amigo del abad. Allí los monjes cuidaron de él mientras pasaba por el calvario del *delirium tremens*, del que yo bien poco sabía, y luego le dieron calditos y pudín de sémola y le pidieron que hiciera el propósito, la promesa de no volver a tocar el alcohol. Aquel respiro que nos provocó su ausencia fueron los días más felices que recuerdo en mi casa; mi madre y yo cocinábamos, limpiábamos los cristales por dentro y por fuera...».

Márchate, Edna

La joven Edna, despierta en la escuela y aficionada a escribir historias fantásticas que alimentaba una maestra, vivía entre la fantasía de sus relatos y el deseo / necesidad de irse lejos. Lo consiguió. Acabó en una casa de Mayfair, distrito distinguido de Londres, y con el respeto de personalidades como Philip Roth, Alice Munro o su paisano Samuel Beckett; ahí es nada.

Pero a caballo de los años 40 y 50 aún vivía en «Drewsboro, una casa grande de dos plantas, con ventanas en saledizo» y por allí pasaban las visitas, como unos «yanquis que venían en verano, hablaban con voz gangosa y nos regalaban collares y brazaletes de hueso» o un hombre que «vivía con sus dos hermanos, también solterones, y los tres compartían un único abrigo bueno. De ahí que los domingos se vieran obligados a ir a misas distintas».

Siempre la iglesia al fondo, o al lado. Un cura de su pueblo llegó a quemar ejemplares de *Las chicas de campo* públicamente. O'Brien había crecido en una casa «llena de libros de oraciones y antologías religiosas» donde se recibía

la edición irlandesa del *Messenger*, «revista para promover la felicidad doméstica. (...) En la suntuosa cubierta rojo oscuro y mate aparecía un Sagrado Corazón con los brazos abiertos para que los pecadores se cobijaran bajo los pliegues de las mangas amplias». Era mensual y por tres peniques se podían leer «consejos sobre cómo hacer toquillas para bebés con puntillas y cómo tejer con agujas del 9, el 10 y el 11 esa preciosa rebecca *fair isle*».

Entonces, «para escribir me echaba al campo. Las palabras huían conmigo. Escribía historias imaginarias, historias ambientadas en nuestra ciénaga y en nuestro huerto, pero no bastaba, porque yo quería penetrar en ellas, del mismo modo que intentaba volver a la tripa de mi madre. Todo en ella me intrigaba: su cuerpo, su ser, su corsé rosa, las manías pasajeras y obsesiones a las que era propensa».

Ese ambiente se truncó con su ingreso, mediante una beca, en un colegio de monjas («éramos 300 mujeres en el convento»), donde fue con su mejor amiga, Baba, «coqueta, guapa y maliciosa», que junto a la propia Edna O'Brien protagoniza la trilogía *Las chicas del campo*, *La chica de ojos verdes* y *Chicas felizmente casadas* (editadas en un solo volumen por Debolsillo / Penguin Random House).

Por estas novelas discurre, además de por las memorias, la complicada y variada vida de la escritora. Su trabajo como ayudante de boticaria en una farmacia de Dublín, sus estudios nocturnos, su boda, su divorcio, la dolorosa lucha por la custodia de sus dos hijos, sus constantes cambios de casa, sus estrecheces económicas y su (durante una época) intensa vida social. El éxito internacional que fue logrando la acercó a numerosas fiestas, en las que probó el LSD y a su etapa como paciente de un psicoanalista «que proclamaba los beneficios de la locura», y trató desde Marguerite Duras y Peter

Brook a Gore Vidal, Norman Mailer, Milos Forman, John Huston (con quien trabajó codo con codo en un guion para Hollywood que no llegó a puerto alguno) y Walter Mosley (a este, como alumno y a quien aconsejó: «Eres negro, judío y de origen humilde: ahí tienes una mina para escribir»).

En estas memorias que se leen como un suspiro también aparece Federico García Lorca, de quien, según ella, recordaba desde su estrado en calidad de profesora esta frase: «La verdadera poesía es fruto del amor, del esfuerzo y la renuncia». Y, claro, Philip Roth, «el sabio de cualquier reunión social (...)». Lo he visto desarrollar una anécdota hasta límites vertiginosos, es como ser testigo de una mente desbordante en perpetuo estado de superación».

Edna O'Brien, quien llega a escribir en estas esperadas memorias: «La peor época fue el verano, cuando los psicoanalistas abandonan a su suerte a sus pobres pacientes y los amantes se van al extranjero de vacaciones con su familia». La misma mujer que confiesa: «Tiendo más a los extremos de la poeta rusa Marina Tsvietaieva, para quien el amor era tanto trance como purgatorio». Esta Edna O'Brien que fracasó en Nueva York como autora teatral con un montaje sobre Virginia Woolf, la que escribió un ensayo sobre James Joyce, la que entendió como pocos a Beckett («miraba al frente y a veces hacia los rincones, donde un rato antes se habían aparecido los monstruos»), la que se rehízo tras los numerosos reveses que padeció.

Edna O'Brien, a sus 87 años, no ha dejado de acordarse de la casa familiar de su infancia, donde «las cosas estaban rotas o sin estrenar». Y donde, al regresar en unas Navidades desde Dublín cuando era veinteañera, con un abrigo viejo de tweed, tras pasear por los campos helados que crujián a su paso «comprendí que siempre volvería a Drewsboro y que, sin embargo, nunca más volvería del todo».



interesa rescatarlas como si fuesen todavía actuales. A fin de cuentas, no son tan distintas de la música pop, de la balada como hacemos hoy, de lo que pueda hacer, por ejemplo, una Lady Gaga». Para él, la genialidad musical de Haendel y su capacidad para conectar con la gente lo convierten «en una suerte de Andrew Lloyd Webber del barroco».

Pero no es la única conexión con la actualidad del autor de *El Mesías*. Christie apunta a la capacidad que tienen sus obras de permanecer vivas, más allá de la interpretación historicista. «Con la música del barroco, es el músico el que completa el score del compositor», señala. «Frente a autores como Puccini, Shostakovich o el propio Beethoven, Haendel da pie a que el intérprete o el director demuestre sus habilidades en las dinámicas, la articulación o, incluso, el tempo».

Esta conexión con la contemporaneidad no se queda en las formas, sino que, según Christie, atañe también al fondo, teniendo en cuenta el periplo vital de un compositor que nació en Alemania, se formó en Italia y desarrolló la mayor parte de su carrera en Inglaterra. «Haendel sería un *anti-Brexit* total. Igual que yo. Es muy triste ver cómo campa a sus anchas el populismo y



Haendel. Arriba, W. Christie.

Conciertos. El genio barroco protagoniza esta semana: William Christie trae su 'Ariodante' con Les Arts Florissants, mientras Franco Fagioli canta sus arias

“HAENDEL CREYO EN EUROPA COMO UNA COMUNIDAD”

POR DARÍO PRIETO MADRID

El «más grande compositor que haya vivido jamás», en palabras de Beethoven, protagoniza musicalmente esta semana. De un lado, William Christie presenta en España la versión concierto de la ópera *Ariodante* que acaba de musicar con Les Arts Florissants en la Ópera Estatal de Viena. Será en tres conciertos: en el Liceu de Barcelona (miércoles), Baluarte de Pamplona (viernes) y el Teatro Real de Madrid (domingo), al que Christie y su orquesta regresan ocho años después de completar su aclamado ciclo de las óperas de Monteverdi. Al mismo tiempo, el

contratenor argentino Franco Fagioli presenta su disco *Haendel arias* (Deutsche Grammophon) en una gira que pasa por Oviedo (Auditorio Príncipe Felipe, mañana), Madrid (Auditorio Nacional, el jueves), Zamora (Iglesia de San Cipriano, el sábado) y Sevilla (Espacio Turina, el lunes próximo).

Dos aproximaciones a la obra de George Frederick Haendel (1685-1759) que lo muestran no sólo como el genio absoluto del barroco, sino también como un compositor generoso y emocional. William Christie dice estar «muy contento» de regresar al Real después de «una larga ausencia» y de hacerlo además con «una ópera muy dramática» que, para él, es además «una de las mejores que escribió Haendel». Según explica, «se tomó más tiempo del habitual para componerla y contó además con un libretto extraordinariamente bueno, inspirado en el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto».

«Haendel escribía directo al corazón», sentencia, por su parte, Franco Fagioli. En su álbum hay arias de *Ariodante* (*Dopo notte, altra e funesta*) y *Rodelinda* (*Dove sei amato bene*), junto a piezas tan emblemáticas del legado *haendeliano* como *Ombra mai fu*. «A la hora de cantar estas piezas, mi idea es que, en algún momento, fueron música actual», explica. Me

el nacionalismo estúpido», se lamenta Christie. Frente a eso, defiende a Haendel como «uno de los fundadores de la idea de Europa como comunidad, algo en lo que él creyó».

Y es a gente como él, y no a Trump, a quien hay que mirar, sostiene el director franco-estadounidense. «No puedo recordar quién era el primer ministro francés en 1925, pero recuerdo a Maurice Ravel», explica. «Incluso en Francia está esta idea estúpida de que, por ser francés, eres culto. Pero no es verdad. Aún así, es un país que está orgulloso de su cultura, algo que no es compartido en todo el mundo». Y habla de Trump. «Tienes un país con las mejores orquestas y las mejores escuelas de música, gobernado por un elemento de control idiota, estúpido y vulgar».

Para Fagioli, que interpreta algunas piezas que Haendel escribió para *castrati*, el viaje del pasado al presente le deja una reflexión «tan terrible como humana» sobre el gusto del público. «¿Qué se puede pensar de una sociedad que, en un momento, aplaudió la moda de castrar niños para el canto?». Pero, al lado de esa inhumanidad está la redención de la belleza. «Creo en el poder de la voz humana porque, cuando la escuchas, de alguna forma, te auto-escuchas. Parte tuya está ahí también, la humanidad misma».